

La llegada de los «Bourbaki» a Verrières

El internamiento del primer ejército francés
en Suiza, el 1 de febrero de 1871

por François Bugnion

«*El ejército está listo, no le falta ni un botón de la polaina*», declaró el Mariscal Leboeuf, ministro de la Guerra de Napoleón III, cuando se votaron los créditos necesarios para la movilización.

Rara vez se ha hecho alarde de tanta ceguera: mal equipado, mal entrenado y, sobre todo, pésimamente comandado, el ejército francés se exponía a sufrir derrota tras derrota. Desde los primeros enfrentamientos, en agosto de 1870, hubo de abandonar Alsacia y Lorena, exceptuadas algunas plazas fuertes (Estrasburgo, Sélestat, Neuf-Brisach, Metz y Belfort), que fueron sitiadas. El 2 de setiembre, Napoleón III capituló en Sedán con 80.000 hombres, arrastrando en su derrota al Segundo Imperio, mientras los prusianos marchaban sobre París.

La República, proclamada el 4 de setiembre, heredó una situación desesperada: París fue sitiada el 18 de setiembre y el Gobierno de Defensa Nacional fue hecho prisionero en la capital junto con sus mejores tropas; Estrasburgo, en llamas, tuvo que rendirse el 28 de setiembre; el 27 de octubre, el mariscal Bazaine capituló en Metz con 150.000 hombres, posibilitando que los prusianos reforzaran el sitio de París, cuya población iba a tener que pasar hambre y, muy pronto, frío¹.

(Original francés).

¹ Pierre Benaerts, Henri Hauser, Fernand L'Huillier y Jean Maurain, *Nationalité et nationalisme (1860-1878)*, nueva edición, París, Presses universitaires de France, 1968, pp. 198-209.

En adelante, toda la atención iba a centrarse en París, cuya suerte decidiría el resultado de la guerra. Nuevas tropas fueron reclutadas con premura en provincias para intentar romper el cerco de la capital y fueron lanzadas a la batalla apenas equipadas. Con todo, el ejército del Loira obtuvo algunas victorias, arrollando a los bávaros en Coulmiers, el 9 de noviembre, y prosiguió su marcha hacia Beaune-la-Rolande, el 28 del mismo mes, antes de ser rechazado hacia el sur. El 6 de diciembre, los prusianos ocuparon Orleans. En París, sometida a un intenso bombardeo, se propagó el desaliento, mientras las condiciones de vida eran cada día más precarias. En las casas hacía frío, el pan era de pésima calidad y en las carnicerías volvieron a aparecer los alimentos obsidionales: caballo, asno, perro, gato y rata².

No pudiendo liberar la capital, el Ministerio de Guerra, que funcionaba como Estado Mayor general sin tener sus competencias, trazó el plan de una diversión hacia el este: con lo que quedaba del ejército del Loira se constituyó un nuevo ejército cuya misión era liberar Belfort, que dominaba el paso entre los Vosgos y el Jura y cuya guarnición había logrado el fracaso del asedio. En caso de victoria, este ejército debía atacar las líneas de comunicación del invasor y llevar lejos de París a una parte del ejército prusiano³.

Victorioso en Villersexel, el 9 de junio de 1871, el ejército del este, al mando del general Bourbaki, casi había llegado a Belfort cuando fue detenido en Lisaine. Tres días de encarnizados combates, del 15 al 17 de enero, no lograron forzar las líneas prusianas que, aunque muy inferiores en número, estaban infinitamente más entrenadas. La respuesta del Estado Mayor alemán fue fulminante: con parte de las tropas que sitiaban París, se constituyó un nuevo ejército que, evitando Dijón, marchó sobre la retaguardia del ejército del este, amenazando tanto sus líneas de aprovisionamiento como sus vías de repliegue⁴.

Así, la retirada era inevitable, retirada dramática con frío siberiano, que habría de convertirse pronto en desbandada. Desmoralizadas por sucesivos reveses, agotadas por incesantes marchas y contramarchas a las que estaban sometidas desde hacía dos meses, avanzando con dificultad

² *Ídem*, pp. 209-216.

³ Coronel Édouard Secretan, *L'Armée de l'Est (20 décembre 1870-1^{er} février 1871)*, segunda edición, Neuchâtel, Attinger Frères editores, 1894, pp. 26-48.

⁴ *Ídem*, pp. 154-315.

en la nieve o el hielo, con el calzado y la ropa destrozados, las tropas se abandonaron a su destino olvidando toda disciplina y todo instinto de supervivencia. Muchos fueron los que desertaron, deponiendo las armas y los efectos personales; otros, agotados, caían en la nieve y morían en el borde del camino. Los caballos, que no habían sido herrados para el hielo y que incluso no habían sido desenganchados durante semanas, se derrumbaban famélicos en el hielo y no lograban volver a ponerse en pie.

El 26 de enero, agobiado por las desgracias que se abatían sobre su ejército, el general Bourbaki intentó suicidarse con un balazo en la sien. El 28, Jules Favre, ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Defensa Nacional, y el conde de Bismarck, canciller del Imperio Alemán (proclamado unos días antes en el Salón de los Espejos) firmaban en Versalles un armisticio por el que se suspendían las hostilidades en todos los frentes menos para el ejército del este, lo que contribuyó aun más a la confusión y al desasosiego de las tropas⁵.

Consciente de que la guerra ya estaba perdida, viendo cómo los prusianos cortaban las últimas vías de retirada que le quedaban, el general Clinchant, sucesor del malogrado Bourbaki, decidió, tras haber intentado romper el cerco por última vez, pedir internamiento en Suiza, única alternativa posible a la capitulación.

Al alba del 1 de febrero de 1871 en el puesto fronterizo de Verrières, el general Herzog, comandante en jefe del ejército suizo, y el general Clinchant, firmaron un convenio (véase recuadro)⁶ por el cual el ejército del este podía entrar en Suiza si deponía las armas.

⁵ *Ídem*, pp. 345-498.

⁶ *Ídem*, pp. 549-550; *Documents diplomatiques suisses*, (1848-1945), vol. 2, Berne, 1985, p. 497; De Clero, *Recueil des Traités de la France*, vol. X, p. 421; *The Consolidated Treaty Series*, publicado por Clive Harry, vol. 142, pp. 475-476.

Entre el general Herzog, comandante en jefe del ejército de la Confederación Suiza, y el general de división Clinchant, comandante en jefe del ejército francés, se estipularon las disposiciones siguientes:

- Art. 1 El ejército francés, que solicita pasar por territorio suizo, pondrá sus armas, equipos y municiones al entrar.
- Art. 2 Las armas, los equipos y las municiones serán devueltos a Francia tras haberse restaurado la paz, y tras el pago definitivo de los gastos que la estadía de las tropas francesas ocasione a Suiza.
- Art. 3 Lo mismo es válido por lo que atañe al material de artillería y a las municiones.
- Art. 4 Los caballos, las armas y los efectos personales de los oficiales quedarán a disposición de éstos.
- Art. 5 Se tomarán ulteriores disposiciones con respecto a los caballos de tropa.
- Art. 6 Los vehículos para el transporte de víveres y equipaje, tras haber depositado su contenido, regresarán inmediatamente a Francia con sus conductores y caballos.
- Art. 7 Los vehículos del Tesoro y del Correo serán entregados con todo su contenido a la Confederación Suiza, que los tendrá en cuenta para el pago por los gastos.
- Art. 8 La aplicación de estas disposiciones tendrá lugar en presencia de oficiales franceses y suizos nombrados especialmente.
- Art. 9 La Confederación Suiza se reserva el derecho a designar los lugares para el internamiento de los oficiales y de la tropa.
- Art. 10 Corresponde al Consejo Federal indicar las disposiciones particulares complementarias del presente Convenio.

Expedido por triplicado, en Verrières, el 1 de febrero de 1871.

Clinchant

Hans Herzog

Durante toda la jornada del 1 de febrero, la noche y parte del día siguientes, hubo un ininterrumpido desfile de hombres, vehículos, caballos, piezas de artillería, arcones y furgones.

«El espectáculo ofrecido por la llegada de las tropas francesas del ejército del este era sobrecogedor; el corazón se estremecía profundamente ante tanto sufrimiento», escribió el teniente coronel Davall en el informe oficial acerca de las tropas francesas internadas en Suiza. Y agregó:

«Cuando dejó de sostenerles el miedo al peligro continuo que los acosaba desde hacía semanas [...], cuando se sintieron en tierra hospitalaria donde de todas partes se tendían manos para socorrerlos, los soldados se abatieron por completo y perdieron la poca energía que aún les quedaba.

Muchos de ellos iban descalzos o con los pies envueltos en trapos miserables; su calzado de cuero esponjoso, mal curtido y, en la mayoría de los casos, muy exiguo, no había podido resistir las marchas en la nieve y el barro [...] por ello, muchos de esos desdichados tenían los pies helados o cubiertos de sangre. Los uniformes estaban hechos trizas y los soldados, que se habían apropiado toda la ropa que habían podido encontrar para sustituir la que se les había roto, presentaban un abigarramiento inimaginable. Muchos de ellos todavía llevaban puestos los pantalones de tela liviana que habían recibido al inicio de la campaña y daba pena verlos tiritar.

A medida que entraban en territorio suizo, los soldados iban siendo desarmados; se les hacía depositar el fusil, el sable y el equipo con las municiones que portaban. Muy pronto, en la nieve, a los dos lados de la ruta, se formaron dos enormes montones de armas.

Los caballos presentaban un aspecto especialmente lastimoso: hambrientos, sin herrar desde hacía tiempo, a menudo mal enjaezados, a veces su cuerpo parecía una lлага asquerosa. Flacos, apenas capaces de mantenerse en pie, trataban de roer todo lo que les quedaba al alcance: devoraban llantas de ruedas, viejas canastas, la cola y las crines de los otros caballos. De vez en cuando, uno de estos pobres animales, anonadado e indiferente ya a los latigazos, caía para morir poco después. Lo único que se hacía era cortarle los tirantes y arrastrarlo hasta el borde del camino, sembrado aquí y allá de tales cadáveres [...].

Según los propios conductores, muchos de los caballos de la artillería no habían sido desenjaezados durante varias semanas [...].

El desfile, que había comenzado el 1 de febrero por la mañana, duró todo el día sin interrupción; primeramente, llegó un pelotón de soldados entremezclados, sin orden alguno y sin obedecer a nadie [...]. Más tarde, aparecieron algunos cuerpos organizados, a veces una o dos compañías juntas; después, por aquí y por allá, un batallón con sus jefes, al final uno o dos regimientos completos [...].

Por un instinto de supervivencia muy natural, todos esos hombres se agolpaban constantemente al frente de la columna para que el desfile no tuviese intervalos ni interrupciones [...].

Las vertientes del Jura, cubiertas de nieve y cruzadas por las tres o cuatro rutas transitables en esa época del año para llegar a Suiza, ofrecían un espectáculo extraño. Largas filas negras serpenteaban por el campo y se movían sin interrupción como un torrente cuyas aguas se precipitan al valle: miles de vehículos cortaban aquí y allá la multitud de seres humanos que pasaba; no había pausa, no había descanso. Los soldados, permanentemente empujados desde atrás, cruzaban una región poco habitada, con recursos irrisorios para necesidades tan acuciantes, y bajaban al valle buscando una ciudad o una localidad grande donde poder finalmente descansar un poco. Las primeras tropas que llegaron tuvieron que caminar hasta el anochecer para poder evacuar las rutas y dejar que los demás cuerpos avanzaran; por esto, cuando llegaban a lugares habitados donde la gente los esperaba para prestarles socorro, esos pobres soldados extenuados, sin comida, se desplomaban al lado de las viviendas, donde quedaban acurrucados, inertes, incapaces de moverse y pudiendo apenas hablar.

Del principio al fin de las columnas se oían toses estridentes y continuas porque todos, casi sin excepción, estaban enfermos y este dolor que les desgarraba el pecho contribuía a aumentar su abatimiento»⁷.

El Estado Mayor francés había anunciado 42.000 hombres. En realidad, entraron en Suiza 87.847 (de ellos, 2.467 oficiales), 11.800 caballos, 285 cañones y morteros y 1.158 vehículos⁸.

Los generales fueron autorizados a elegir el lugar de Suiza en que iban a quedarse. Las tropas fueron distribuidas en 188 ciudades y poblados

⁷ Mayor E. Davall, *Les troupes françaises internées en Suisse à la fin de la guerre franco-allemande en 1871, Rapport rédigé par ordre du Département militaire fédéral sur les documents officiels déposés dans ses archives*, Berna, 1873, pp. 42-44.

⁸ E. Secretan, *op. cit.*, p. 553. Al comienzo de la campaña, a finales de diciembre de 1870, se calculaba que el ejército del este contaba con 120.000 a 140.000 hombres.

repartidos en todos los cantones suizos, excepto el de Tesino, en proporción a su población⁹.

Unos 5.000 hombres fueron evacuados inmediatamente hacia los hospitales, pero prácticamente todos tuvieron que recibir asistencia médica y los lugares en que se alojaron los internados —iglesias, escuelas, cuarteles, etc.— fueron transformados en lazaretos¹⁰.

El 2 de febrero, el Consejo Federal encargaba al ministro suizo en París que entablara negociaciones con el Gobierno de Defensa Nacional, así como con Bismarck, con miras a la repatriación de los internados. Pero, mientras Francia manifestaba su acuerdo, el ministro Kern se enfrentaba a un claro y firme rechazo de Bismarck, que no pensaba renunciar a ningún medio para ejercer presión sobre el Gobierno francés para que firmara, lo más rápidamente posible, un tratado de paz humillante¹¹.

De hecho, hubo que esperar la ratificación de los Preliminares de Paz, el 2 de marzo de 1871, para que Alemania consintiese repatriar a los internados. Esta repatriación se llevó a cabo del 13 al 24 de marzo. La mayor parte de las tropas fue evacuada en tren pasando por Ginebra, el resto por Verrières y Divonne, o incluso en barco a través del lago Lemán¹².

Unos mil enfermos estaban todavía hospitalizados y fueron repatriados en pequeños grupos, una vez restablecidos. Ciento setenta internados murieron en Suiza a causa del tifus, la viruela o enfermedades pulmonares¹³.

Las cuentas del internamiento se cerraron en 12 millones de francos. De conformidad con lo estipulado en el Convenio de Verrières, Francia reembolsó íntegramente esta cantidad en agosto de 1872¹⁴.

*
* * *

⁹ E. Davall, *op. cit.*, pp. 50-51, 61-62 y 83-87; E. Secrétan, *op. cit.*, p. 575.

¹⁰ E. Secrétan, *op. cit.*, p. 579. Al abandonar Besançon el 25 de enero, el ejército del este había dejado tras sí de 8.000 a 10.000 heridos y enfermos alojados en hospitales y ambulancias improvisados de la ciudad (*idem*, p. 474). El teniente coronel Davall (*op. cit.*, p. 290) señala que 17.897 internados fueron atendidos en hospitales y ambulancias improvisados; sin embargo, en este número no se incluye a todos los que fueron atendidos los primeros días del internamiento, de los que no se pudo tomar nota, habida cuenta de las urgencias médicas a las que hubo que hacer frente.

¹¹ *Documents diplomatiques suisses*, vol. 2, pp. 498-526; Davall, *op. cit.*, pp. 215-218; E. Secrétan, *op. cit.*, pp. 576-578.

¹² Davall, *op. cit.*, p. 263; Secrétan, *op. cit.*, pp. 578-579.

¹³ Davall, *op. cit.*, p. 263; Secrétan, *op. cit.*, pp. 578-579.

¹⁴ Davall, *op. cit.*, pp. 304-311; Secrétan, *op. cit.*, p. 579.

La guerra de 1870-1871 había evidenciado graves incertidumbres con respecto a las disposiciones aplicables a la conducción de las hostilidades. Sin perjuicio del reciente Convenio de Ginebra del 22 de agosto de 1864, para el mejoramiento de la suerte de los militares heridos en los ejércitos en campaña, el derecho de la guerra era todavía un derecho exclusivamente consuetudinario. Tales incertidumbres habían dado lugar a serias protestas por parte de los beligerantes, que indujeron a tomar medidas de represalia.

Inspirándose en el ejemplo que había dado el Comité Internacional de la Cruz Roja al proponer la aprobación, ya en tiempos de paz, de un convenio que rigiese la conducta de los beligerantes, el zar Alejandro II convocó en Bruselas, del 27 de julio al 27 de agosto de 1874, una conferencia con objeto de codificar las leyes y costumbres de la guerra.

En el proyecto de declaración que debía servir de base para los trabajos de la Conferencia de Bruselas, el Gobierno de San Petersburgo no había previsto disposición alguna sobre el internamiento en un país neutral. Pero la retirada de los «bourbaki» era todavía muy reciente como para que se pudiera hacer caso omiso de esta cuestión. En efecto, jamás en la historia se había visto el internamiento en un país neutral de un ejército tan grande y en condiciones tan dramáticas. Además, el caso había planteado problemas jurídicos que competían tanto al derecho de la guerra como al de la neutralidad, que fueron resueltos mediante las negociaciones que Suiza mantuvo con Alemania, por un lado, y con Francia, por otro¹⁵.

De ese modo, la Conferencia no tuvo dificultades para aceptar el punto de vista del delegado de Bélgica, que proponía zanjar esta cuestión y que, con tal finalidad había presentado algunos proyectos de redacción de artículos. Tras prolongados debates, se elaboraron los artículos 53 a 56 de la Declaración de Bruselas, que llevan la marca de los acontecimientos de Verrières¹⁶.

¹⁵ Otras divergencias relativas al derecho de la neutralidad habían aparecido al comienzo de la guerra, cuando Prusia solicitó poder usar las ferrovías de Bélgica y Luxemburgo para evacuar a los heridos de los combates de Metz y Sedán, *Conferencia Internacional de la Paz, La Haya, 18 de mayo-29 de julio de 1899*, nueva edición, La Haya, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1907, tercera parte, pp. 87-88.

¹⁶ Actas de la Conferencia celebrada en Bruselas del 17 de julio al 27 de agosto de 1874 para pronunciarse sobre las leyes y costumbres de la guerra, De Martens, *Nouveau Recueil général de Traités*, segunda serie, tomo IV, pp. 26-27, 90, 162-168, 182-189, 195-197 y 225-226.

Puesto que la Declaración de Bruselas no había sido ratificada, se volvió sobre la cuestión durante la Primera Conferencia Internacional de la Paz, que tuvo lugar en La Haya del 18 de mayo al 29 de julio de 1899. Los artículos que se habían aprobado en Bruselas pasaron, casi textualmente, al Convenio del 29 de julio de 1899, relativo a las leyes y costumbres de la guerra terrestre¹⁷.

Por último, por tener como objetivo la codificación no solamente del derecho de la guerra, sino también del de la neutralidad, la Segunda Conferencia Internacional de la Paz, celebrada en La Haya del 15 de junio al 18 de octubre de 1907, incluyó estas disposiciones en el Convenio sobre los derechos y los deberes de las potencias y de las personas neutrales en caso de guerra terrestre, del 18 de octubre de 1907¹⁸. En esa misma ocasión, la Conferencia reglamentó el caso de los prisioneros de guerra evadidos que buscan refugio en un país neutral, así como el de los prisioneros de guerra llevados por tropas que se refugian en territorio neutral, situaciones que la Conferencia de Bruselas no había podido reglamentar por no haber logrado llegar a un acuerdo¹⁹.

De esta manera, se logró la redacción de los artículos 11 a 15 del Convenio sobre los derechos y los deberes de las potencias y de las personas neutrales en caso de guerra terrestre, del 18 de octubre de 1907, actualmente en vigor. Estos artículos forman el capítulo II del Convenio, titulado «De los beligerantes internados y de los heridos atendidos en país neutral».

¹⁷ Artículos 57 a 60 del Reglamento anexo al Convenio sobre las leyes y costumbres de la guerra terrestre, del 29 de julio de 1899, *Conferencia Internacional de la Paz, La Haya, 18 de mayo-29 de julio de 1899*, primera parte, pp. 30-31, 46-47, 54-55 y anexos, pp. 27-28; tercera parte, pp. 22, 37-38, 46-47, 85-88 y 146.

¹⁸ V. Convenio de La Haya del 18 de octubre de 1907.

¹⁹ Segunda Conferencia Internacional de la Paz, La Haya, 15 de junio-18 de octubre de 1907, *Actas y documentos*, La Haya, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1907, tomo I, pp. 125, 136-150, 345-346 y 640; tomo III, pp. 33-40, 51-62, 134, 179-185, 241, 246 y 257-267.

Artículo 11

La Potencia neutral que reciba en su territorio tropas pertenecientes a los ejércitos beligerantes, las internará, en cuanto sea posible, lejos del teatro de la guerra.

Podrá alojarlas en campamentos y aun encerrarlas en fortalezas o en lugares apropiados.

Decidirá si los oficiales pueden ser liberados, comprometiéndose de palabra a no abandonar sin autorización el territorio neutral.

Artículo 12

A falta de convenio especial, la Potencia neutral suministrará a los internados los víveres, la vestimenta y los socorros exigidos por el sentimiento de humanidad.

Al restablecer la paz, se hará el correspondiente reembolso de los gastos ocasionados por el internamiento.

Artículo 13

La Potencia neutral podrá autorizar el paso por su territorio de los heridos o de los enfermos pertenecientes a los ejércitos beligerantes, con tal de que los trenes en que sean trasladados no transporten a personal o material de guerra.

La misma disposición podrá aplicarse a los prisioneros de guerra llevados por las tropas que se refugien en el territorio de la Potencia neutral.

Artículo 14

La Potencia neutral podrá autorizar el paso por su territorio de los heridos o de los enfermos pertenecientes a los ejércitos beligerantes, con tal de que los trenes en que sean trasladados no transporten a personal o material de guerra. En ese caso, la Potencia neutral estará obligada a tomar todas las medidas necesarias de seguridad y de inspección al respecto.

Los heridos o enfermos trasladados en estas condiciones al territorio neutral por uno de los beligerantes, y pertenecientes a la parte adversaria, deberán ser alojados por la Potencia neutral de manera que no puedan tomar de nuevo parte en las operaciones de

guerra. Esta Potencia tendrá los mismos deberes en cuanto a los enfermos o heridos del otro ejército que le sean confiados.

Artículo 15

El Convenio de Ginebra se aplica a los enfermos y a los heridos internados en territorio neutral²⁰.

Estas disposiciones, que corresponden tanto al derecho de la guerra como al de neutralidad, se aplicaron en varias ocasiones, especialmente durante las dos guerras mundiales. El caso más conocido es el internamiento del 45º cuerpo del ejército francés, comandado por el general Daille, que fue rodeado por los blindados alemanes del general Guderian, como había sucedido 70 años antes al ejército del este con la infantería prusiana, y que tuvo que buscar refugio en Suiza. El 18 de junio de 1940, cuando el mariscal Pétain acababa de solicitar el armisticio y el general de Gaulle hacía desde Londres su llamamiento a la resistencia, unos 45.000 hombres —29.000 de ellos franceses y marroquíes y 12.000 polacos que se habían alistado en el ejército francés— cruzaban la frontera a unos kilómetros al noreste de Verrières. Mientras los franceses y los marroquíes eran repatriados en enero de 1941, tras un acuerdo entre Alemania y la Francia de Vichy, los polacos siguieron internados en Suiza hasta el final de las hostilidades²¹.

*
* *
*

«Toda la generación de quienes en Suiza asistieron al lúgubre epílogo de una guerra cruel, han guardado de ella, indeleble, un trágico recuerdo.

²⁰ Segunda Conferencia Internacional de la Paz, La Haya, 15 de junio-18 de octubre de 1907, *Actas y documentos*, tomo I, p. 640; versión francesa del *Manual del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja*, decimotercera edición, Ginebra, Comité Internacional de la Cruz Roja y Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, 1994, pp. 322-323.

²¹ Edgar Bonjour, *Histoire de la neutralité suisse*, traducción de Charles Oser, Neuchâtel, La Baconnière, 1970, tomo VI, pp. 41-95; André Lasserre, *Frontières et camps. Le refuge en Suisse de 1933 à 1945*, Lausana, Edición Payot, 1995, pp. 150-158.

Jamás se había presenciado, en este feliz país, un desastre de tal magnitud» escribe el coronel Edouard Secrétan, al final de su libro sobre la historia del ejército del este²².

El estado de abatimiento de las tropas y el hecho de ser repartidas en todo el territorio suizo afectaron profundamente la imaginación de la gente y organizaron un magnífico impulso de solidaridad en la ciudades y los poblados por los que pasaban los soldados franceses, y más todavía en los lugares donde vivieron mientras esperaban poder regresar a su país. Los primeros días se trataba de un movimiento espontáneo; muchísimas familias no dudaron en compartir las reservas de víveres y de forraje que necesitaban para vivir hasta la primavera. Pero las autoridades y la Cruz Roja Suiza —que había sido fundada hacía 4 años— se comprometieron muy activamente a prestar socorro a los internados y a ofrecerles los alimentos y los cuidados médicos necesarios. Por otra parte, la acogida de los «bourbaki» era la primera gran acción de socorro emprendida por la Cruz Roja Suiza²³.

La profunda impresión causada por la llegada de los soldados franceses hizo también que muchos testigos quisieran inmortalizar, escribiendo o pintando, este acontecimiento extraordinario²⁴.

En 1876, el empresario Benjamin Henneberg decidió construir un panorama en Ginebra para representar los acontecimientos de Verrières y encargó la decoración al pintor ginebrino Edouard Castres. En 1889, la «*Société anonyme des Panoramas de Marseille, Lyon et Genève*» (Sociedad Anónima de los Panoramas de Marsella, Lyon y Ginebra) inició la construcción del edificio; la rotonda tenía dimensiones imponentes: 40 metros de diámetro y 28 metros de altura; el panorama que cubría la

²² Secrétan, *op. cit.*, p. 557.

²³ Lamentablemente, nada se sabe de la existencia de un informe sobre las actividades de la Cruz Roja Suiza durante el recibimiento del ejército del este. Por el contrario, en el informe de la Sección de Neuchâtel, que por razones de situación geográfica fue la primera en socorrer a los internados, se describen las actividades desplegadas de manera espontánea durante el paso de las tropas y de manera organizada durante las semanas siguientes: organización de cocinas a fin de preparar comidas calientes para los soldados de paso, establecimiento de puestos de enfermería para prestar asistencia médica a los heridos y a los enfermos que esperaban ser evacuados hacia los hospitales, alojamiento de muchísimos soldados enfermos o sanos en los edificios públicos o en viviendas particulares, distribución de víveres, ropa, forraje y leña, etc. Société suisse de Secours aux Militaires blessés, Sección de Neuchâtel, *Rapport général*, 1 de julio de 1871, Neuchâtel, Imprenta de James Attinger, 1871.

²⁴ André Meyer y Heinz Horat, *Bourbaki, Episoden und Erlebnisse aus der Internierungszeit der Bourbaki-Armee 1871*, Berna, Edición Erp, 1981.

pared interior tenía una altura de 14 metros²⁵. La elección de Edouard Castres se imponía, no solamente a causa del talento del artista, sino también por el hecho de que había prestado servicios como camillero voluntario para la Cruz Roja Francesa. Había participado en la campaña del ejército del este en una ambulancia y había estado en Verrières el 1 de febrero, siendo a la vez actor y testigo del drama de sus compañeros de armas²⁶. Su obra, un amplio panorama circular de 1100 metros cuadrados, permitió inmortalizar el calvario de las tropas francesas en el momento en que cruzaban la frontera suiza para ser desarmadas.

El panorama se inauguró el 24 de setiembre de 1881. «*La ilusión es total [...] y el conjunto produce un efecto sobrecogedor*», escribía en aquella época el *Journal de Genève*²⁷.

El panorama de Verrières estuvo expuesto en Ginebra hasta 1889. Más tarde, fue llevado a Lucerna, donde se encuentra aún hoy²⁸. Rindamos homenaje al comité de iniciativa que se constituyó para garantizar su conservación, así como a las autoridades de la ciudad y del cantón de Lucerna, que votaron recientemente los créditos que permitirán restaurar esta obra excepcional, último vestigio de una forma de expresión artística que tuvo su auge en el siglo XIX, pero que desapareció hace ya mucho

²⁵ *Ídem*, pp. 15-16. El panorama era un modo de expresión artística que tuvo gran popularidad durante la segunda mitad del siglo XIX. Se trataba de un edificio circular con forma de rotonda en cuya pared interior, cubierta por una tela circular pintada, se representaba un paisaje o un acontecimiento histórico excepcional. La pintura debía crear la ilusión de profundidad; el techo y el piso también estaban decorados de modo que el público, que entraba en el panorama por un corredor subterráneo y una escalera en espiral que daba acceso a una plataforma sobrealzada ubicada en el medio de la rotonda, se sentía repentinamente transportado al centro del paisaje o del acontecimiento representado. Varias ciudades de Europa occidental tuvieron su panorama y las empresas que los explotaban los enviaban de una ciudad a otra. Este modo de expresión fue sustituido por el cine, del que fue precursor. Algunas rotondas han sobrevivido y han sido transformadas en teatros, particularmente la de los Campos Elíseos de París. Por lo que sabemos, el único panorama que ha sido preservado y expuesto continuamente desde su creación es el de Verrières, en Lucerna. Según testimonios de la época, era también el más bonito.

²⁶ *Ídem*, p. 53. Desde 1872, Édouard Castres se había hecho conocer al exponer en el Salón «*L'ambulance dans la neige*» (*La ambulancia en la nieve*). Su cuadro —una de las primeras representaciones pictóricas de una ambulancia de la Cruz Roja— había sido premiado con una medalla de oro y aclamado por la crítica.

²⁷ *Journal de Genève*, 28 de setiembre de 1881.

²⁸ Brigit Kämpfen-Klapproth, *Das Bourbaki-Panorama von Édouard Castres*, 2ª edición, Lucerna, Éditions de la Ville de Lucerne, 1983, pp. 39-47.

tiempo, y que es un conmovedor testimonio de los indecibles sufrimientos que toda guerra comporta.

François Bugnion, licenciado en Letras y doctor en Ciencias Políticas, es director adjunto en el CICR, Dirección de Doctrina, Derecho y Relaciones con el Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja. Es el autor de *Le Comité international de la Croix-Rouge et la protection des victimes de la guerre* (CICR, Ginebra, 1994).